

sentido afirmativo; prueba asimismo evidéntísima de la formidable *opresión y tiranía* que pesaba sobre el pensamiento español en materias políticas.

Muy semejante debió de ser la anulación de nuestra *genialidad y carácter* en las sociales y económicas. De ello dan muestra los tratados de Fr. Bartolomé de las Casas, de Bartolomé Frías de Albornoz, del P. José de Acosta, del P. Antonio de Sandoval, y de tantos otros contra la esclavitud, y los libros de *economía social* y hacienda pública debidos á las valientes plumas del doctor Sancho de Moncada, de Francisco Martínez de la Mata, de Fernández de Navarrete, de Álvarez Osorio, de Mariana, de Pedro de Valencia, del contador Luis Valle de la Cerda, de Martín González de Cellorigo, de Damián de Olivares, de Diego Mexía de las Higueras, de Alcázar de Arriaza, de Francisco de Cisneros y Jerónimo de Porras, de Leruela, de Alberto Struzzi, de Dormer y tantos otros economistas, ninguno de los cuales dudó en poner el dedo en la llaga, ora señalando entre las causas de la despoblación de España el excesivo número de regulares y la amortización así civil como eclesiástica, ora combatiendo las absurdas disposiciones gubernativas respecto á la tasa del pan y la alteración de la moneda, ora enunciando principios radicalmente favorables á la libertad de comercio. El número de tales escritores es grande: con ellos pudiera formarse una colección copiosísima; y de sus nombres y obras ló-

grase sin dificultad larga noticia con sólo recorrer la *Educación Popular* de Campomanes y su *Apéndice*, la *Biblioteca Económico-Política* de Sempere, el *Sumario de la España Económica* de Vellido, y, sobre todo, la *Biblioteca de los economistas españoles* y la *Historia de la economía política en España* del Sr. Colmeiro. Por lo que al siglo xviii respecta, nadie ignora que se dió á estos estudios especial fomento, y basta recordar, entre los nombres de sus economistas, los del marqués de Santa Cruz de Marcenado, el P. Cabrera, Campillo, Ulloa, Ustáriz, Campomanes y Jovellanos, para hacer respetable en lo *crematístico* la época en que se escribieron *La Industria Popular* y *La Ley Agraria*, en que se crearon las *Sociedades Económicas*, y con tal suerte y tino se comenzaron á explotar los veneros todos de la riqueza pública.

Si con tanta amplitud y libertad discurrieron nuestros ingenios sobre materias filosóficas, políticas y económicas, claro es que no habían de encontrar cerrado el campo de las investigaciones lingüísticas, críticas, históricas y arqueológicas. Que hubo orientalistas, y en especial hebraizantes, dignos de inmortal recuerdo, compréndese con sólo traer á la memoria las dos *Políglotas*, monumentos de gloria para los que las protegieron y realizaron. Que hubieron de tropezar, en España y fuera de ella, con poderosos obstáculos los cultivadores de tales estudios, especialmente en el segundo tercio del siglo xvi, se explica bien por el estado de agi-

tación religiosa de aquella época. Pero si Arias Montano fué envuelto en dilatados procesos, y Fr. Luis de León gimió en las cárceles inquisitoriales, y Pedro de Valencia hubo de luchar con el P. Andrés de León en defensa de la memoria de su maestro, el resultado de estas persecuciones y contiendas fué en definitiva favorable á los agraviados, pues al ilustrador de la *Polyglota antuerpiense* y á su libro los escudó la protección de Felipe II; al místico autor de la *Exposición del libro de Job* valióle su inocencia y saber contra los encarnizados ataques de León de Castro, y fué absuelto, aunque tarde y con alguna restricción; y el docto filósofo de Zafra sacó á salvo de las detracciones de enconados émulos el nombre y los trabajos del inmortal escriturario de la Peña de Aracena. Mas si en el estudio de la lengua y literatura hebraicas encontraron nuestros filólogos alguna contradicción, no ha de afirmarse otro tanto del de los idiomas clásicos griego y latino, con tanto esmero y gloria cultivados desde fines del siglo xv, en que á uno y otro señalaron rumbo y abrieron camino Arias Barbosa y Antonio de Nebrija. De los posteriores progresos responden las numerosas traducciones de ambas lenguas, las gramáticas así griegas como latinas (estas últimas en cantidad prodigiosa), los vocabularios, los comentarios é ilustraciones de diversos autores de la antigüedad clásica, los tratados de preceptiva y crítica en que se exponen y amplían los cánones aristotélicos ú horacianos; tareas en alto grado fruc-

tuosas, debidas (entre otros mil que al presente omito) á los insignes humanistas Vives, el comendador Hernán Núñez, Sepúlveda, Vergara, la Sigea, Lorenzo Balbo, Encinas, Gélica, A. Agustín, Mendoza, Páez de Castro, Diego Gracián, Pedro Juan Núñez, Oliver, Chacón, Gonzalo Pérez, Álvar Gómez, Matamoros, Pérez de Oliva, Fox Morcillo, Álvarez, el Brocense, Malara, Medina, Girón, Osorio, Calvete, Simón Abril, el Pinciano, Cascales, Bustamante, Barreda, Espinel, Correas, González de Salas, Baltasar de Céspedes, Valencia, Mariner, Tamayo de Vargas, Perpiñá, el P. La Cerda, Martí, D. Juan de Iriarte y todos los latinistas y helenistas egregios que después de él florecieron en el siglo xviii. De otras lenguas, como el árabe, escasearon más los cultivadores, y aun estos no solían proponerse un objeto literario al aprender tal idioma, relegado casi á los misioneros que habían de usarle en sus predicaciones y enseñanzas¹. A la diligencia y celo de estos piadosos varones debiéronse asimismo gramáticas y vocabularios de gran número de lenguas exóticas, catecismos y traducciones de libros sagrados en caldeo, siríaco, etíope, malabar, chino,

¹ Entiéndase esto con relación á los siglos xvi y xvii y primera mitad del xviii. A fines de éste ya se cultivaban las letras arábicas en España con miras puramente literarias, siendo primicias no despreciables de semejantes estudios entre nosotros, los trabajos de Casiri, Campomanes, Banqueri, Arteaga, Lozano y Caseda, Conde, Fr. Patricio de la Torre, y otros.

japonés y sánscrito, en los dialectos americanos y en los de no pocas islas de la Oceanía; riquísima mies lingüística que á fines del siglo XVIII había de cosechar uno de los más esclarecidos hijos del solar español, el Jesuíta Hervás y Panduro, de cuyo cerebro, como Minerva del de Júpiter, brotó armada y pujante la *Filología comparada*. ¡ Con cuánto gozo vemos á Max Muller en sus inmortales *Lectures* sobre la Ciencia del Lenguaje, dadas en la Institución Británica en 1861, reconocer y proclamar en alta voz los méritos de Hervás, que conoció y estudió *cinco veces más idiomas* que Court de Gébelin y los demás lingüistas de entonces, y que, en vez de lanzarse como ellos á sentar teorías precipitadas y absurdas haciendo derivar del hebreo el persa, el armenio y hasta el malayo, huyó cuidadosamente de toda hipótesis que no estuviese fundada en la realidad de los hechos; juntó noticias y ejemplos de más de trescientas lenguas; compuso por sí mismo las gramáticas de más de cuarenta idiomas, y fué el primero (entiéndase bien, *el primero*, así lo dice Max Muller) en sentar el principio más capital y fecundo de la ciencia filológica; es á saber: que la clasificación de las lenguas no debe fundarse (como hasta entonces empírica y rutinariamente se venía haciendo) en la semejanza de sus vocabularios, sino en *el artificio gramatical*. A la luz de esta verdadera intuición de genio, probó Hervás y Panduro, mediante un cuadro comparativo de las declinaciones y las conjugaciones en hebreo,

caldeo, siríaco, etíope y amharico, que todas estas lenguas eran dialectos de una misma familia, la familia semítica. Hervás enterró para siempre la absurda idea de un hebraísmo primitivo. Hervás notó singulares analogías entre el húngaro, el lapón y el finés, y estuvo á punto de descubrir la familia *uralo-altaica* ó *turanía*. Hervás probó que el vascuence no era un dialecto céltico, y echó las bases del iberismo de Guillermo Humboldt. Hervás advirtió ya la singular conformidad gramatical que une al sánscrito con el griego, reconociendo la identidad de los verbos auxiliares y de las desinencias de género. Hervás intentó el primero una clasificación de las lenguas americanas, reduciéndolas á once familias, cuatro meridionales y siete septentrionales. Y, finalmente (son palabras de Max Muller), «uno de los más hermosos descubrimientos de la ciencia del lenguaje, el establecimiento de la familia de las lenguas malayas y polinesias que se extienden por más de doscientos grados de latitud en los mares Oriental y Pacífico, desde la isla de Madagascar, al Este de África, hasta la isla de Davis, al Oeste de América, *fué hecho por Hervás mucho tiempo antes de ser anunciado al mundo por Guillermo Humboldt*».

Si el Sr. Azcárate sabe todas estas cosas (y yo no puedo creer que las ignore, porque las *Lecturas* de Max Muller no son un libro obscuro, sino que andan por Europa en manos de todo el que sabe leer), ¿ cómo no le ha temblado la

mano al escribir que la ciencia española estaba anulada, precisamente en aquel siglo en que salía de las prensas de Madrid, en lengua castellana, el *Catálogo de las lenguas*?

¿Y qué diremos, amigo mío, de los innumerables cultivadores de las ciencias históricas y arqueológicas, en esas edades que con tanto desdén miran algunos? Materia es esta ya tratada, y en que no insistiré, por tanto, pues de superfluidad impertinente habría de tacharse el repetir, cual si no fuesen de sobra conocidos, los nombres de Antonio Agustín, padre de la Numismática, de Luis de Lucena, Fernández Franco, Juan de Vilches, Llanzol de Romaní, Ambrosio de Morales, Resende, Rodrigo Caro, Ustarroz, Lastanosa, el deán Martí, Sarmiento, Valdeflores, Finestres, Contador de Argote, Flórez, Pérez Bayer, Floranes, Capmany y tantos otros arqueólogos y diligentísimos investigadores; los de nuestros historiadores generales más ó menos eruditos, más ó menos críticos, Florián de Ocampo, Morales, Garibay, Zurita, Mariana, Ferreras, Masdeu, etc.; los de aquellos que, como Gonzalo Fernández de Oviedo, el Inca Garcilasso, Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León, Antonio de Herrera, etc., etc., dieron á conocer la América y los maravillosos sucesos acaecidos en su descubrimiento y conquista por los españoles; los de tantos y tantos como ilustraron los anales de ciudades, villas, provincias, monasterios, iglesias, de los cuales formó copiosa bibliografía, que aún puede acrecentarse

mucho, el Sr. Muñoz Romero¹; los de Sigüenza, Yepes y otros doctísimos cronistas de Ordenes religiosas; los de Pellicer, Salazar de Castro y otros eruditos respetables entre la inmensa balumba de los *genealogistas* é historiadores de casas nobles, y aun los de los forjadores de falsos cronicones, que demuestran el grande, si bien descaminado, entusiasmo con que se proseguían las indagaciones históricas, entusiasmo que los llevaba á fingir historia donde no la había y á llenar con patrañas los huecos, no sin que, para gloria de la crítica histórica entre nosotros, encontrasen los osados falsarios, cabalmente en el período menos próspero de la cultura española, en los últimos reinados de la casa de Austria, la formidable oposición de varones tan preclaros como D. Juan Bautista Pérez, Pedro de Valencia, Fr. Hermenegildo de San Pablo, el marqués de Mondéjar, D. Juan Lucas Cortés y D. Nicolás Antonio.

Filólogos, humanistas, arqueólogos é historiadores, nos han traído á las fronteras de la República literaria, en la cual no entraré, sin embargo, porque el Sr. Azcárate parece referirse sólo á la actividad *científica*, y ni él ni nadie ha negado ni niega el prodigioso desarrollo de nuestra genialidad *artística*, antes bien, suelen afirmar que el poder *opresor y tiránico* de aquellos tiempos dió libertad y protección á la poesía, á la novela, al teatro y á todos los ramos de las bellas letras, para entretener y aletargar de esta

¹ El mismo Muñoz dejó un suplemento á ella.

suerte á los españoles, y hacer que no sintiesen en modo alguno el peso de las cadenas que amarraban la libertad del pensamiento. Esto, expresado en más retumbantes frases y preñados conceptos, se oye cada día en boca de algunos filósofos, y esto quería indicar sin duda Sanz del Río cuando asentaba que, por falta de libertad en el llamado siglo de oro, el ingenio español se desarrolló sólo bajo un parcial aspecto, que, según él piensa, no fué el de la razón ni el del entendimiento; y cierto que sería cosa peregrina un desarrollo intelectual de cualquiera especie sin razón ni entendimiento. Digo, volviendo á mi asunto, que, aunque así hubiese acontecido, siempre tendríamos que agradecer mucho á aquel Estado que en medio de sus iniquidades y tiranías y anulaciones del pensamiento, tanto se desvelaba porque no las sintiésemos, y procuraba divertirnos con poesías, novelas y comedias, discreta y lozanísimamente escritas; secreto administrativo, propio de déspotas, al cual deben nuestras letras muchos días de gloria que jamás les daría un Estado krausista en que fuesen norma de buen estilo y elegante decir la *Analítica* ó el *Ideal de la humanidad para la vida*. Hablando en serio, creo haber dejado fuera de duda que, excepto en algún caso particular, no hubo anulación de la libertad científica en materias filosóficas, políticas y sociales, las más difíciles de tratar bajo un gobierno de unidad religiosa y monárquica.

Pero se dirá: ¿por qué obtuvieron tan escaso florecimiento las ciencias *exactas*, *físicas* y *natu-*

rales, sino por la rigidez con que el Estado negó siempre la libertad de la ciencia? Entendámonos: en primer lugar, niego el supuesto formulado en términos tan absolutos: verdad es que no apareció en España ningún Galileo, Descartes, Newton, Lagrange, Lavoisier ó Linneo; confieso de buen grado nuestra inferioridad en esta parte; no lo da Dios todo á todos; quizá el terreno no estaba tan bien preparado; quizá la genialidad española no tira tanto por ese camino como por otros; quizá la época en que España fué grande y sabia no coincidió con la madurez sino con los primeros ensayos y tentativas del genio analítico y experimental; pero es lo cierto que en esos ominosos siglos debieron las ciencias de la naturaleza considerables adelantos á muchos españoles; acaudaláronse la Zoología y la Botánica con las innumerables noticias sobre la Fauna y la Flora de los países americanos, esparcidas en los libros de Gonzalo Fernández de Oviedo y otros primitivos historiadores de Indias, y luego más científicamente expuestas en los tratados de Nicolás Monardes, Francisco Hernández y José de Acosta; brillaron Quer, Gómez Ortega, Cavanilles y tantos otros sabios ilustradores del reino vegetal, de que en su laureada obra *La Botánica y los Botánicos de la Península* da cumplida noticia el Sr. D. Miguel Colmeiro; hicieron importantes estudios sobre los metales Álvaro Alonso Barba, Bernal Pérez de Vargas y otros menos conocidos autores; publicáronse notables comentarios y traducciones de Aristóteles y Teofrasto, de

Arquímedes y Euclides, de Dioscórides y Plinio; no faltaron matemáticos y físicos tan memorables como Núñez, inventor del *nonius*; el docto humanista Fernán Pérez de Oliva, que escribió *De Magnete* y se empeñó en hallar modo de que *por la piedra imán se comunicasen dos ausentes*¹; el complutense Vallés, que, entre otras novedades, presentó en su *Philosophía sacra* la doctrina del *fuego* como unidad dinámica, adoptada é ilustrada posteriormente por el célebre químico Boerhaave; el cosmógrafo Santa Cruz; el ya citado Chacón, que tuvo parte no secundaria en la *corrección gregoriana*; el arzobispo Siliceo, profundo aritmético; el insigne polígrafo Pedro Ciruelo, cuyo extenso *curso de las cuatro artes matemáticas* compite con los mejores de su clase dados á la estampa fuera de España en el siglo XVI; el maestro Esquivel, que, por encargo de Felipe II, levantó el mapa geodésico de la Península², siglos antes que las demás nacio-

¹ No incluyo á Blasco de Garay, á quien erradamente se ha supuesto inventor de la aplicación del vapor á la navegación. Véase demostrado lo contrario en la *Memoria* publicada sobre este asunto por D. J. Rubió y Ors.

² De los trabajos geodésicos del maestro Esquivel hay larga y muy interesante noticia en varios contemporáneos suyos, especialmente en las *Antigüedades de España* de Ambrosio de Morales: «El maestro Esquivel, capellán del Rey nuestro Señor, catedrático de Matemáticas en esta Universidad de Alcalá de Henares, y natural del mismo lugar, de ingenio excelente y singular industria, y doctrina increíble en todo género de Matemáticas, quiso hacer una descripción de España tan entera y tan cumplida, que señalase en ella particularmente todos los lugares, ríos, arroyos y montañas, por pequeños

nes de Europa se ocuparan en trabajos análogos; el portentoso Caramuel, que, además de sus controversias con Tycho-Brahe, dejó una vasta enciclopedia de todas las matemáticas puras y aplicadas; el gaditano Hugo de Omerique, cuyo tratado de *Análisis Geométrica*, impreso en 1698 (nótese la fecha), mereció los elogios de Newton; y en tiempos más cercanos, el universal Feijóo, que, no contento con vulgarizar multitud de conocimientos matemáticos y

que fuesen, y que tuviesen su situación tan cierta y tan puntual, como tenían por Ptolomeo todas las ciudades, ríos y montañas principales. Para esto fueron menester dos cosas: hallar algún orden y camino, y nueva invención, como el que Ptolomeo había usado para lo que hizo, y hacer después nuevos instrumentos con que él pudiese obrar conforme á lo que había inventado, y pudiese andar por el camino que había descubierto. Este camino él lo halló con su admirable ingenio, llano y muy cierto.... Luego tras esto inventó los instrumentos, y fabricólos de madera, y aderezólos muy cumplidamente, y tan grandes hizo los dos más necesarios, que una acémila casi tenía carga entera en ellos.... El Rey nuestro Señor D. Felipe II deste nombre, le proveyó de un buen salario, para que anduviese todos estos sus reinos, mirando por vista de ojos todos los lugares, ríos y montañas grandes y chicas, porque pudiese hacer la descripción de España tan cierta y tan cumplida, tan particular y exquisita como Su Majestad la deseaba y el Maestro Esquivel podía hacerla. Dexó la mayor parte hecha antes que muriese, como Su Majestad la tiene en su cámara, y dexó comunicada su invención.... con D. Diego de Guevara, Gentil-hombre de la Cámara de los Príncipes de Bohemia, á quien él había enseñado desde niño las Matemáticas...., y Su Majestad por esto le mandó entregar á él todos los papeles del Maestro después que murió.... Y habiendolo comunicado el Maestro, según decía, porque si él muriese, quedase después de sus días quien lo supiese entera-

físicos y propagar el experimentalismo, apuntó ideas originales sobre cuestiones geológicas y se adelantó á los extranjeros en la teoría eléctrica de los terremotos; los PP. Tosca y Losada; los sabios marinos Ulloa, Jorge Juan, Ciscar y Mendoza; los ingenieros Lanz y Betancurt, inventores de la Cinemática Industrial, sin contar una multitud de tratadistas como los PP. Zaragoza, Cassani, Abad, Alegre y Cerdá, el alférez Fernández Medrano, Bails, etc., que, más ó menos atinados en la exposición de la doc-

mente, y no se perdiese una cosa tan grande y tan provechosa en aquel arte, pues él jamás escribió ni pensaba escribir nada de lo mucho que sabía... Todo esto hemos dicho para conservar aquí la memoria de una cosa tan señalada como esta ha sido en nuestros tiempos en la perfección de la Geografía, en que un español hizo tan solemne adelantamiento», etc., etc. (*Antigüedades de España*, ed. de 1792, páginas 11, 12, 13 y 14.)

Estas noticias de Ambrosio de Morales coinciden con las que el mismo D. Felipe de Guevara, discípulo predilecto del maestro Esquivel, nos da en sus *Comentarios de la Pintura*. «Sin encarecimiento se puede afirmar que después que el mundo es criado, no ha habido Provincia en él descripta con más cuidado, diligencia y verdad, porque todas las demás que hasta ahora por Ptolomeo ó por otros están descriptas, es muy cierto ser la mayor parte de ellas por relaciones.... Por el contrario, la descripción que V. M. ha mandado hacer, consta cierto no haber palmo de tierra en toda ella que no sea por el autor vista, andada y bollada, asegurándose de la verdad de todo (en quanto los instrumentos matemáticos dan lugar) por sus propias manos y ojos.» (Pág. 220.)

De otros testimonios resulta que el maestro Esquivel se valía para sus triangulaciones del método de Regiomontano, y observando después con el astrolabio la altura de polo de cada lugar, la situaba en su verdadera latitud y longitud. (Vid. Navarrete, *Historia de la Náutica*, páginas 208 á 214.)

trina, demuestran que nunca faltaron del todo buenos estudios de ciencias exactas y físicas en nuestro país¹. Prueba son también de ello los numerosos tratados de fortificación, artillería y arte militar en todos sus ramos dados á luz en los siglos xvi y xvii por nuestro conterraneo el beneficiado de Laredo D. Bernardino de Escalante, por su homónimo de Mendoza, por Cristóbal de Rojas, Lechuga, Firrufino, D. Diego de Álava, D. Sancho de Londoño, Diego Ufano, Luis Collado, etc., libros que en su mayor parte obtuvieron la honra de ser traducidos á extrañas lenguas. En otra ciencia aplicada, aunque bien diversa de la anterior por su objeto, descollaron notablemente los españoles. Me refiero á la Medicina, que con orgullo re-

¹ Entre los matemáticos, cosmógrafos y astrónomos españoles del siglo xvi, además de los ya citados y de los que se citarán en otras cartas, merecen especial recuerdo Abraham Zacuto, autor de las famosas Tablas ó *Almanaque perpetuo* que tradujo al latin Alfonso de Córdoba; los dos hermanos Gaspar y Jerónimo Torrellas; Andrés de Li, Gonzalo de Frias, los cosmógrafos de la casa de contratación de Sevilla, Martín Cortés, que estableció la distinción entre el polo magnético y el polo del mundo, para explicar así la declinación de la aguja, é indicó también el aumento de los intervalos entre los paralelos, abriendo camino á la invención de Alonso de Santa Cruz; el valenciano Jerónimo Muñoz, á quien Tycho-Brahe llama *eruditísimo y excelentísimo matemático*, inventor de un planisferio paralelógramo; el médico escéptico Francisco Sánchez, que disputó con Cristóbal Clavio sobre algunos teoremas de Euclides, obteniendo la palma, según Brücker; el franciscano Juan Salón, que trabajó mucho para la reforma gregoriana del calendario; Juan Pérez de Moya, Rodrigo Zamorano, traductor de Euclides, y autor de un *Regimiento de Navegación*, traducido

gistra en sus fastos los nombres de Laguna, á la vez humanista, orador y poeta; de Villalobos, tan célebre *sifiliógrafo* como ingenioso y agudo literato, por algunos apellidado el *Fracastorio* español; del divino Vallés, ya mencionado como filósofo, en unión con Gómez Pereira, Huarte, Cardoso y otros médicos esclarecidos; de Servet, descubridor de la circulación pulmonar, tan famoso por ello como por sus teorías antitritarias y su desastrada muerte; de Valverde, Mercado, Gaspar de los Reyes, Lobera de Ávila, etc.; y en el siglo pasado los de Solano de Luque, á quien dió universal renombre su doctrina del pulso; de Martín Martínez, el *Feijóo de la Medicina*, y Piquer, que, continuando como él

al inglés en 1610 por el famoso Wright; Pedro Sarmiento de Gamboa, en cuyo diario de viaje « se admiran, practicados con feliz éxito (dice Navarrete), métodos que más de dos siglos después se han mirado como el triunfo de la Astronomía Náutica »; Andrés García de Céspedes, autor del curiosísimo *Libro de instrumentos nuevos de Geometría, muy necesarios para medir distancias y alturas* (1606), de una *Theórica de los Planetas según la doctrina de Copérnico* y de un *Libro de mecánicas, donde se pone la razón de todas las máquinas*; Diego Ramírez de Arellano, que resolvió difíciles problemas trigonométricos; Antonio de Nájera, secuaz y expositor de Tycho-Brahe; el doctor Lázaro de Flores, que en su *Navegación astronómica, teórica y práctica* (1673) « se aprovechó de cuanto Copérnico y el mismo Tycho-Brahe habían adelantado sobre el movimiento de las estrellas », autor de un compendio de Trigonometría; don Antonio de Gaztañeta, que publicó en 1672 su libro *Norte de la Navegación hallado por el cuadrante de reducción*; D. Sebastián Fernández de Medrano, fundador de una Academia de Matemáticas en Bruselas; los PP. Zaragoza y Kresa, y otros muchos.

la gloriosa serie de médicos-filósofos, supo á la vez traducir á Hipócrates, analizar las pasiones é investigar doctamente las causas de los errores.

Aparte de todo lo expuesto, conviene observar que, dada la menor relación de las ciencias *exactas, físicas y naturales* con la *religión* y la *política*, debieron de ser las menos oprimidas y vejadas, si admitimos la teoría de nuestros adversarios. Y es lo cierto que la Inquisición española no opuso trabas á la admisión del sistema *copernicano* en las aulas salmantinas, ni impidió que Diego de Estúñiga le expusiese con toda claridad en su *Comentario á Job*, libro que mandó expurgar la Congregación de Roma, en cuyos índices figura hasta tiempos muy recientes. Y, hablando en puridad, ¿qué temor podían inspirar á los poderes públicos, así civil como eclesiástico, los grandes descubrimientos astronómicos ó físicos? ¿A nadie hubieran dado malos ratos la Inquisición ni el Rey por formular la ley de la *atracción*, por descubrir el *cálculo de las fluxiones*, ó por entretenerse en profundos estudios de óptica y de mecánica. En una nación en que se permitía defender el *tiranicidio*, ¿qué obstáculo había de encontrar el que se propusiese hacer nueva clasificación de las plantas, ó destruir la antigua nomenclatura alquímica, ó revelar la existencia de todos los cuerpos simples hoy conocidos, y de muchos más, si más hubiera? Si como el docto aragonés Gómez Miedes escribió un grueso volumen sobre la *sal* común, única que él conocía, hubiese tratado de todas las *sales*

hoy descubiertas, ¿hubiérale puesto cortapisas alguien? ¿Se opuso *el Estado* á que desarrollase ampliamente su estafalaria *genialidad* matemática el caballero valenciano Falcó, tan agudo poeta latino como desdichado geómetra, que gastó su tiempo y su dinero en investigar la cuadratura del círculo y se fué al otro mundo pensando haberlo logrado?

Como indicios claros de la situación lamentable á que llegaron entre nosotros las ciencias naturales, suelen citarse esos libros llenos de patrañas y aberraciones que á fines del siglo xvii aparecieron con los títulos de *Magia Natural*, *Oculto Filosofía*, *El Ente dilucidado* y otros *ejusdem furfuris*. Pero fuera de que en la misma época se escribieron otros tratados con sano juicio y buen seso, y dejando aparte también el que dichas obras fueron vertidas á idiomas extranjeros y acogidas con aplauso, lo cual demuestra que el espíritu de vana credulidad era el mismo en todas partes, es lo cierto que en ningún siglo han faltado autores de obras extravagantes, y aun en este ilustradísimo en que nos tocó nacer, abundan *doctrinales de espiritismo* y otras ciencias de la misma laya, más estúpidos y menos divertidos que el mismísimo *Ente dilucidado*, que al cabo todos los curiosos leen con placer y ponen sobre las niñas de sus ojos como tesoro de recreación y mina de pasatiempos.

Estas breves indicaciones, mi Sr. D. Gumerindo, escritas á vuelo pluma y casi sin consultar libros, bastan, en mi juicio, para demos-

trar lo mal fundado é injusto de la opinión del Sr. Azcárate respecto á nuestra cultura. Y eso que he prescindido de los notables estudios estéticos que desde León Hebreo, Fonseca y Maximiliano Calvi hasta Rebolledo y Nieremberg, desde Barreda y Alonso Sánchez hasta el P. Feijóo y Arteaga, mantuvieron siempre viva entre nosotros la filosofía del arte y de la belleza; y he pasado por alto las sabias especulaciones de Salinas, Montanos, Eximeno y otros sobre la Música; y he hecho caso omiso de la admirable invención pedagógica del arte de enseñar á los sordo-mudos, imaginada por el benedictino Ponce de León y escrita por el aragonés Juan Pablo Bonet, y nada he dicho, en fin, de otros varios aspectos y merecimientos de la ciencia española, cuya relación me habría llevado más allá de lo que consienten los estrechos límites de una carta. Nunca hubiera tomado la pluma contra escritor tan apreciable, á no estar bien convencido de que refutaba una opinión, no particular suya, sino común y corriente entre muchospreciados de doctos. La ignorancia y el olvido en que estamos de nuestro pasado intelectual; las insensatas declamaciones que se enderezan á apartarnos de su estudio como de cosa baladí y de poco momento; el desacordado empeño de algunos en romper con toda tradición científica, persuadidos de que sólo en su secta y escuela se halla la verdad completa; la facilidad que hoy existe para apropiarnos la erudición forastera, granjeando así fama de sabios á poca costa, y

las dificultades con que tropezamos para conocer, siquiera por encima, la nuestra; el orgullo de la vida (*superbia vitae*) que caracteriza al siglo actual entre cuantos recuerda la historia, causas son que producen ese menosprecio de todo lo de casa, esas antipatrióticas afirmaciones que afligen y contristan el ánimo. El remedio de tanto mal indicado está por V., amigo mío, en su excelente artículo *El plan de estudios y la historia intelectual de España*, donde propone el establecimiento de las seis cátedras siguientes para el doctorado de las respectivas facultades:

Historia de la teología en España.

Historia de la ciencia jurídica en España.

Historia de la medicina española.

Historia de las ciencias exactas, físicas y naturales en España.

Historia de la filosofía española.

Historia de los estudios filológicos en España.

Cada día van siendo más urgentes las reformas allí pedidas para la enseñanza. ¡Qué vastísimo campo abrirían ante la clara inteligencia de nuestra juventud estudiosa seis profesores, escogidos con acierto, dedicados exclusivamente á exponer de palabra y por escrito el magnífico proceso de la vida científica nacional en todas sus fases y direcciones! ¡Cuánto de honra y provecho no reportarían á España!

De suma necesidad es también (y esto puede hasta cierto punto estimarse como condición precisa para llevar á cabo el pensamiento de V. en orden á las referidas cátedras) que continúe la

publicación, hace años lamentablemente interrumpida, de las obras bibliográficas premiadas por la Biblioteca nacional¹, y que las Reales Academias, principalmente las de la Historia, Ciencias morales y políticas, y Ciencias exactas, físicas y naturales, consagren parte de sus *certámenes*—anunciándolos con más anticipación de la que acostumbran—á promover el estudio de la actividad intelectual de nuestros mayores y de los variados y copiosos frutos que produjo en los diversos ramos del saber humano. ¿Qué serie de *temas* tan preciosos no ofrecen á la primera de dichas Academias los grandes polígrafos españoles? ¿Qué interesantes monografías no pudiera obtener la segunda si propusiese por asuntos de sus concursos, ya determinados escritores, v. gr., Soto, Molina, Suárez, Fox Morcillo, el P. Ceballos, D. Juan Francisco de Castro; ya ciertos grupos de ellos, como los *moralistas*, los *políticos*, los *economistas* que florecieron bajo la dinastía austriaca? Y la última, ¿cuán curiosos y útiles estudios no lograría premiando Memorias acerca de nuestros *físicos*, *astrónomos*, *cosmógrafos*, *metalurgistas* y *geopónicos*, de los españoles que han ilustrado á los naturalistas y matemáticos griegos, de los cultivadores de la Historia natural de Ultramar, y de otros puntos semejantes?

Si el gobierno y los cuerpos sabios no toman

¹ En este punto he perdido toda esperanza. Los futuros bibliógrafos españoles deben proceder como si tales obras no existiesen.
(Nota de esta tercera edición.)

este rumbo, mucho me temo que lleguen á ser (como ya lo están siendo en parte) una verdad tristísima aquellas palabras de nuestro buen amigo, el ilustre literato D. Juan Valera: «Quizá tengamos que esperar á que los alemanes se aficionen á nuestros sabios, como ya se aficionaron á nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sabios no son de despreciar. Quizá tendrá que venir á España algún docto alemán á defender contra los españoles, que hemos tenido filósofos eminentes».

SANTANDER 14 de Abril de 1876.



II.

DE RE BIBLIOGRAPHICA.

Mi muy docto amigo y paisano: Días pasados dirigí á V. una breve impugnación de ciertas erradas afirmaciones acerca del pasado intelectual de España, vertidas por el Sr. D. Gumersindo de Azcárate en sus artículos sobre *El Self Government* y *la Monarquía doctrinaria*. Doliame allí del lamentable olvido y abandono en que tenemos las glorias científicas nacionales, en especial las filosóficas, abandono y olvido que, entre otros daños de menor entidad, trae el gravísimo de mantener á nuestra patria falta de todo carácter propio en las modernas evoluciones del espíritu humano, dejándonos á merced de cualquier viento de doctrina que sople de extrañas tierras, y siendo causa eficazísima de la anarquía y desconcierto que hoy nos aqueja y lleva trazas de prolon-